

	Pág.
Panegírico de Nuestra Señora del Pilar	366
Sermón para la fiesta de Nuestra Señora del Consuelo	383
Sermón para la fiesta de la Inmaculada Virgen celebrada por la Congregación de Jóvenes Estudiantes	397
Sermón sobre el culto de María	412

PANEGÍRICOS DE ALGUNOS SANTOS.

Panegírico de San José, Patrono de la Congregación de la Muerte	431
Primer Panegírico del Patrocinio de San José	449
Segundo Panegírico del Patrocinio de San José	467
Panegírico del Arcángel San Rafael	482
Panegírico de San Agustín, Obispo y Doctor	499
Panegírico de San Antonio de Padua	518
Panegírico de las Llagas de San Francisco	532
Panegírico de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Com- pañía de Jesús	546
Primer Panegírico de San Juan de Dios	563
Panegírico de San Juan de Dios, Patrón de todos los hospitales del mundo	581
Panegírico de San Juan Nepomuceno	596
Panegírico de San Luis Gonzaga	611

PANEGÍRICOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PRIMER PANEGÍRICO DE LA INMACULADA
CONCEPCIÓN DE MARÍA

(predicado en Medellín, Col., en 1888).

Tota pulchra es, amica mea, et macula non
est in te.

El misterio de la Concepción Inmaculada es
el de la *belleza* de María.

Cant. 4, 7.

1. Jamás podremos los hijos de la Iglesia bendecir bastante la memoria de Pío IX el Grande, el Pontífice de la Inmaculada, porque, definiendo *ex cathedra* el dogma de la Concepción sin mancha de la Bienaventurada Virgen María, dió inmensa gloria á la Santísima Trinidad, ciñó las sienes de la Reina del cielo con la más rica diadema, y regocijó al universo católico colmando los ardientes deseos de millares de corazones. Pues, si bien sus piadosos predecesores, condenando la opinión contraria á la universal creencia de los fieles, habían coartado la atrevida libertad de opinar acerca de este punto, en otro tiempo vivamente controvertido, hoy, pronunciada la definición dogmática, y con ella del todo afianzada nuestra fe, reposamos tranquilos en plena y perfecta posesión de esta verdad dulcísima para el pecho cristiano. Con lo cual, haciendo á un lado toda clase de apologías inútiles ya para el creyente, nuestros ojos pueden contemplar de hito en hito, no sólo la realidad, sino la belleza, sublimidad y armonía de tan magnífico misterio. Al fin nos es dado admirar

la grandeza del baluarte conquistado, la extensión y hermosura de la Tierra de promisión, que es ya nuestro dominio. Así, los argumentos teológicos que hace un siglo solían emplearse, tanto en la cátedra como en el púlpito, contra los refractarios de la pía sentencia, para convencerlos de la verdad del singular privilegio de María, el día de hoy pueden servirnos para comprender mejor el armonioso conjunto de verdades que forman nuestra santa religión, y admirar con más fervor la economía de la Providencia en la preparación simbólica de los augustos personajes de la Nueva Ley. ¡Qué admirable correspondencia la de éstos con las figuras de la Ley Antigua! Jesús y María, el Redentor y su Madre Virgen, estuvieron dibujados con todos sus perfiles no sólo en la mente del Altísimo desde la eternidad¹, como las primeras figuras de la creación, sino también en el vasto lienzo de la Historia, desde la escena del Paraíso hasta la víspera de los tiempos mesiánicos. ¡Gloria sea dada al autor de tan maravilloso concierto!

2. Partiendo de este principio discurramos por el campo del gran misterio, que, cual río caudaloso de límpida corriente, alegra la Ciudad de Dios²: del misterio que, cual ningún otro, regocija al pueblo cristiano en oriente y occidente, en Europa y América, no dudemos asentar para gloria de María Inmaculada, que éste es por excelencia el misterio de su *belleza* incomparable, como el de la Anunciación podría llamarse el de su *grandeza*, y el de la Asunción, el de su *gloria*. Podemos, pues, extasiarnos el día de hoy y embelesarnos

¹ Ego ex ore Altissimi prodivi (Eccli. 24, 5).

² Fluminis impetus lætificat civitatem Dei (Ps. 45, 5).

santamente en la hermosura de Aquélla á quien el Esposo divino apostrofa diciéndola: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti*¹; de Aquélla á quien la Iglesia santa apellida á boca llena: *tota pulchra, immaculata*, bella sin lunar ninguno en el misterio de su Concepción. Ni es otro el sentimiento general del pueblo cristiano. Digamos, pues, que María es toda *hermosa* porque es portento de *pureza*, en el acto de ser concebida en gracia y sin mancha de pecado. Apresurémonos á saludarla con el Ángel: *Ave, gratia plena*.

I.

3. Difícil es, si no imposible, amadísimos oyentes, formar concepto de la hermosura, sea física, sea moral, sin el elemento predominante de pureza. Porque, si ésta significa aquel estado de limpieza que excluye toda mancha, claro es que ha de ser elemento y factor de belleza; pues ¿cómo puede ser bello lo que está manchado? Por más que un objeto lo sea en sí mismo, su belleza se deslustra, y aun se pierde y desaparece con sólo la falta de limpieza. *¡Cómo se ha obscurecido el oro!* exclamaba el profeta llorando sobre Jerusalén, *¡cómo ha perdido su bellísimo color!*² Y, si por pureza se entiende la ausencia de mezcla de substancias extrañas, entra también por mucho en la belleza, toda vez que la mezcla suele importar mancha ó, por lo menos, disminución de las calidades nativas del objeto precioso. Por eso en la naturaleza se nos suelen ofrecer reunidas entrambas propiedades, belleza y puridad. ¿Sería tan bello el lirio á no ser su blancura inmaculada? Su misma fragancia ¿no es tan pura? Pues ¿qué diré

¹ Cant. 4, 7.

² Thren. 4, 1.

de la hermosura de las flores, desfigurada en el momento mismo en que cae sobre su cáliz una mancha? ¿qué, de la fuente, tanto más bella cuanto más tersa y cristalina? Porque, si lleva en disolución materias espurias y corre turbia y pesada, luego pierde toda su apacibilidad y sus encantos. Entre las gemas ó piedras llamadas preciosas, cuyo fabuloso precio no tiene otro fundamento que su hermosura extraordinaria, figura como primera el purísimo diamante, no ciertamente por la materia primitiva de que está formado, tan despreciable en otros compuestos, sino por la pureza de su formación y la limpieza maravillosa de sus aguas. ¿Qué cosa hay, finalmente, más hermosa en lo criado que la luz¹, esa substancia escogida para representar los seres espirituales, como la verdad, la santidad, la bienaventuranza eterna, y hasta la naturaleza del ser divino?² Y ¿hay cosa más pura, más ajena á toda mancha que sus rayos, los que, ni aun atravesando el cieno, son capaces de contaminarse? De ahí es que los cuerpos más radiantes de hermosura son aquellos mismos que brillan con más golpe de luz, los más resplandecientes, ora con claridad serena y apacible como la luna y las estrellas, ora con resplandores deslumbrantes como el sol. Por eso María descuella entre todas las criaturas cual prodigio de belleza física y moral, porque de ella cantaron labios divinos: *Hermosa es como la luna, y escogida como el sol*³; porque María es toda luz, toda pureza en alma y cuerpo, y no hay en ella sombra ni asomo de imperfección alguna. Por eso el Esposo divino se regala en compararla, parte

¹ S. August. apud Cartagena, Homil. cathol. I, 32.

² 1 Io. 1, 5.

³ Cant. 6, 9.

por parte, con cuanto hay de más hermoso y puro en la inmensidad de la creación: con el lirio, la rosa y el nardo de los vistosos jardines¹; con el cedro y el alto ciprés de las montañas²; con la fuente de los huertos que salta clara y juguetona³; con el oro cincelado y las piedras preciosas⁴; con la dulzura del vino y del panal que destila dorada miel⁵; en fin, con la luz de las estrellas rutilantes⁶.

4. Y, si tanto contribuye la pureza á la hermosura corpórea, ¿qué será á la espiritual? El orden físico no es más que una pálida imagen y tosco bosquejo del orden moral: aquél es la esfera donde se mueven los cuerpos; éste, donde se agitan los espíritus. En este concierto de pensamientos, afectos y obras movidas por el resorte de la libertad, la pureza viene á ser la rectitud, el orden, y por consiguiente la belleza, siendo, al contrario, el desorden, la fealdad. Bello es, en el mundo moral, lo bueno, virtuoso y perfecto: feo y deforme, lo que envuelve defecto, culpa y malicia; y en esta proporción, la belleza subirá de punto á medida que crezca la perfección moral del ser. Una alma completamente pura, no contaminada con mancha alguna de pecado, ni aun levísimo, ésa sería una alma *toda hermosa*: ésa es, en hecho de verdad, María, santa y santísima, como ella sola merece ser apellidada. Pues ¿cuál otra pudiera gloriarse de una total inmunidad de pecado? *Una sola*, dijo Dios, *es la perfecta mía, la inmaculada mía*⁷. *Es un lirio nacido y criado en medio de las espigas*⁸ del pecado, común á toda la humana

¹ Cant. 1, 11.

² Eccli. 24, 17.

³ Cant. 4, 5.

⁴ Eccli. 50, 10.

⁵ Cant. 4, 10. 11.

⁶ Num. 24, 17.

⁷ Cant. 6, 8.

⁸ Ibid. 2, 2.

descendencia. ¿Qué santidad de hombre, por eminente que haya llegado á ser, no ha salido del abismo de la culpa precedente? Sólo María ha podido decir: *Non-dum erant abyssi, et ego iam concepta eram*¹; porque para ella no existió el abismo del pecado anterior á la concepción de todos los demás hijos de Adán. Sólo ella pudo decir: *Ego ex ore Altissimi prodivi*²: salió directamente de la boca del Altísimo, de las manos del Criador, fuente de santidad, de la cual no puede salir nada manchado; porque, aunque sea verdad incontestable que el cuerpo de la Virgen inmaculada no fué modelado inmediatamente por las manos de Dios como el de Adán en el Paraiso, debe tenerse por cierto que fué formado de la sangre de Ana y de Joaquín conforme á la primera idea de la generación humana, si ésta hubiese tenido lugar en el estado de la inocencia original: esto es, dice San Juan Damasceno, de un modo milagroso y exento de toda impureza y liviandad³. El astro del día, aunque envuelto en los resplandores de la aurora, sale del seno tenebroso de la noche: la fuente cristalina suele brotar del fango de la tierra; María, por un privilegio sin ejemplo, ha sido luz sin sombra, día sin noche, manantial de límpida corriente aun antes de aparecer sobre la tierra.

5. La puridad de María, consecuencia natural y certísima de su predestinación á la divina maternidad, ha sido no sólo reconocida por todos los Padres y escritores eclesiásticos, sino magníficamente encomiada por los más ilustres doctores de la Iglesia, con aprobación de esta misma infalible maestra de verdad. Oíd,

¹ Prov. 8, 24.

² Eccli. 24, 5.

³ *Damasc.* lib. 4, cap. 15, apud *Cartagena*.

cristianos, al gran San Agustín diciendo: «¿De dónde había de resultar basura en aquella casa que no conoció ningún habitante de la tierra? Sólo su dueño, el que la fabricó, vino á habitarla.»¹ Y el dulce San Bernardo, tan entusiasta por las glorias de la Virgen, exclama: «¿Qué pureza, ni aun la angélica, puede compararse con la de aquella Virgen que mereció ser hecha sagrario del Espíritu Santo y habitación del Hijo de Dios?»² Pero el Beato Arnaldo Abad sube más arriba de los ángeles en la comparación, diciendo: «Entre tantas almas como se salvan, una sola es la paloma escogida, aquella que engendró á Cristo, la Virgen Madre, la niña María, la que en verdad excede en pureza á los querubines y serafines.»³ Finalmente, parece aventajarse á todos los demás el sapientísimo Doctor San Anselmo, cuyas palabras adopta textualmente el Sumo Pontífice Pío IX en la bula de la definición dogmática⁴, y son las siguientes: «Una Virgen, á quien Dios Padre había decretado dar á su Hijo único, al cual, como engendrado de su corazón igual á sí, ama tanto como á sí mismo; y dárselo de tal manera que naturalmente fuese uno el Hijo de Dios y el de María, justo era y absolutamente necesario que brillara con tal pureza que no pueda concebirse otra mayor después de la divina.»⁵ No es posible, cristianos, enaltecer más elocuentemente la eximia pureza de María; pureza que, como cualquiera advierte, no tolera la más pequeña mancha actual ni original. De ahí que esta autorizada

¹ *S. August.*, *Contra hæreses* lib. 2.

² *S. Bern.*, *Sermo de Assumptione*.

³ *Arnald. Abb.*, *De laudibus Virginis*.

⁴ Bulla «*Ineffabilis Deus*», sub initio.

⁵ *S. Anselm.* apud *Cartagena* op. cit.

sentencia de los más célebres doctores haya servido de argumento decisivo en la cuestión de la Concepción inmaculada de la Madre de Dios. Digamos, pues, á boca llena, regocijándonos con la divina Señora: *Tota pulchra es, et macula non est in te*. «Los cielos no son tan puros como tú»¹; pues si en ellos puede descubrir mancha y obscuridad el ojo del que es santidad por esencia, en ti—lo ha dicho Él mismo—no hay mácula de imperfección que ofenda sus purísimas miradas.

6. No hay en la Virgen Santísima ni sombra siquiera de culpa, quiero decir, amados fieles, ni remota inclinación al mal, ni fomes del pecado, ni efecto alguno de los que produjo la funesta caída de nuestra naturaleza en la persona de Adán. Á la verdad, no habiendo heredado María una naturaleza viciada, sustraída como fué por la omnipotencia de su Hijo á la universal corrupción, tampoco pudo tener parte en la herencia de miseria, que son la consecuencia de aquella infección original, según la doctrina del sacrosanto concilio Tridentino. Ni la más leve herida moral en la carne ó en el espíritu pudo amenguar la perfecta integridad de la humana naturaleza transmitida á la Virgen en su estado primitivo de pureza y perfección. Heridas son ciertamente las mil imperfecciones que el pecado original dejó en todos los que, á fuer de descendientes de Adán y Eva, lo heredamos juntamente con la sangre; y, para no hablar sino de las que afectan al alma, heridas son la ceguedad del espíritu, la ignorancia de la mente, la rebelión de los sentidos, la flaqueza de la voluntad para el bien, la violencia de las inclinaciones, moralmente irresistibles, que nos arrastran al mal...

¹ Tob. 15, 15.

Aun con todos estos descalabros, puede el hombre, ayudado poderosamente de la gracia, preservarse, si no de toda culpa leve, á lo menos de las graves, y de un sinnúmero de otras veniales; aun puede alcanzar muchos quilates de virtud y santidad, que le permitan subir al tercer cielo, como al grande Apóstol¹, y como á Moisés, ver á Dios cara á cara² en esta vida. Pero ¡ay! en medio de toda esa grandeza de que todavía es capaz el hombre levantado de la caída, cuánto no tiene de que gemir y lamentarse, diciendo: *¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?*³ ¡Desventurado de mí, que aún siento el aguijón punzante de mil pasiones desordenadas, el batir de las alas de Satanás que me azota en el rostro!⁴ Eso basta para hacer ruborizar á un alma, tanto más vivamente cuanto más avanzada se hallare en la carrera de la santidad; puesto que, á proporción de lo que sube, conoce mejor el abismo de corrupción en que yacía por naturaleza. Sólo María, exenta de toda mancha de origen, pura y perfecta desde el primer instante de su existencia, no tiene nada de qué ruborizarse. ¡Feliz estado de inocencia, cual le poseyeron nuestros primeros padres antes de prevaricar! Es opinión acertadísima de sabios teólogos, como Durando, Canisio y otros muchos⁵, que María poseyó la *justicia original*, si no en cuanto á los efectos de inmortalidad é impassibilidad corporal y otros semejantes, sí en cuanto á los que pertenecen al espíritu, como son la perfecta subordinación del hombre á Dios y del apetito sensitivo á la razón. En ella, pues, por la super-

¹ 2 Cor. 12, 4.

² S. Thom., S. th. 2, 2, q. 175, a. 3.

³ Rom. 7, 24.

⁴ 2 Cor. 12, 7.

⁵ Cartagena, Homil. cathol. V, hom. 6.

abundancia de la gracia que le fué concedida en el punto de su concepción, todo está perfectamente ordenado según el plan del sapientísimo Hacedor: perfecta sumisión de los sentidos al espíritu, luz clarísima en el entendimiento, suma rectitud en la voluntad. Y como resultado de este orden maravilloso, la verdadera belleza del cuerpo, que pudiera definirse *el esplendor del orden sensible*, esto es, un organismo admirablemente adaptado al servicio del alma sensible y racional; la belleza de las potencias inferiores, aplicada cada una de ellas á su objeto propio, con subordinación á las fuerzas superiores de la razón y voluntad; la belleza de la inteligencia que se dilata, como el sol en el espacio, por los horizontes infinitos de la Verdad, y la de la voluntad absorta en el amor del Sumo Bien: finalmente, la hermosura de todo el compuesto, la armonía completa, el bello ideal de la naturaleza humana, realizado con creces por vez primera en la creación, después de la catástrofe del paraíso.

II.

7. Pero, por grande que sea toda esta belleza, hermanos míos, no dejaría de ser en sí misma de orden natural, y, por consiguiente, limitada á la esfera de lo humano. Mas la belleza de nuestra excelsa Reina es sobrehumana, y aun más todavía, sobreangélica, y esto por el privilegio sublime de su Inmaculada Concepción. No basta, pues, para la dignidad de María poderle decir con el Esposo de los Cantares¹: *Muchas hijas atesoraron riquezas; pero tú las has sobrepujado á todas*: es necesario poder apostrofarla con el piísimo

¹ Multae filiae etc. (Prov. 31, 29).

obispo San Sofronio: «Tú has traspasado con mucho á todas las criaturas, como que sobre toda criatura resplandeciste por tu pureza.»¹ Y esto se explica fácilmente, considerando la pureza, no ya sólo como ausencia de mancha, sino de un modo positivo y en un género excelentísimo, como presencia de toda perfección. Así se expresa San Buenaventura: «Eres sin mancha por la ausencia de todo mal, eres hermosa por la presencia de todo bien.» Tal es el concepto adecuado de la puridad divina. Tal debe ser también el de aquella perfección con que fué enriquecida la soberana Madre de Dios en el instante en que salió de las manos del Criador. *Dijo entonces Dios: Hágase la luz*². *Y dividió la luz de las tinieblas*, apartando á la Virgen de las tinieblas del pecado por la infusión de aquel mar de luz de la gracia con que la inundó. María, como todas las lenguas lo proclaman, es la obra maestra del Criador: es, pues, bella con absoluta perfección, cual correspondía á la que era formada para ser madre del mismo que la criaba. Ésta fué aquella imagen pintada por el supremo Artista, de tan acabada perfección que pudo ponerle al pie el divino Pintor esta inscripción: *Toda hermosa*. Y, si de las demás criaturas, á pesar de las imperfecciones que á todas las afean, pudo decir con verdad el sagrado texto: *Vió Dios todo cuanto había hecho, y todo lo halló bueno*³; ¿qué no diría de su criatura predilecta, de su obra perfectísima? Sin duda se regalaría con ella, llamándola, como después el Ángel en su nombre, *llena de gracia*, y la más hermosa entre todas las mujeres⁴.

¹ S. Sophron., Homil. in Deip. Annunt., apud Breviar.

² Gen. 1, 3. ³ Ibid. v. 31.

⁴ Pulcherrima inter mulieres (Cant. 1, 7).

8. No sin razón la santa Iglesia escogió para la fiesta de este día el pasaje del Evangelio en que se saluda á María con estas expresiones: *Ave, gratia plena*¹, para enseñarnos que ya desde su Concepción, sin aguardar á la plenitud de los tiempos, fué adornada la Virgen con toda la plenitud de la gracia. «La gracia de María fué sin medida», afirma San Epifanio; y es corriente la opinión de los doctores que, con el eximio Suárez, aseguran que la gracia de María en el primer instante de su vida sobrepujó á la de todos los santos y ángeles juntos², opinión que tiene á su favor, además de la autoridad respetabilísima de tan insignes teólogos, dos fuertes y convincentes razones que expone largamente el devotísimo San Alfonso María de Ligorio. Muy digna de ponderarse es la observación hecha á este propósito por el célebre Dionisio, á saber, que, habiendo sido María elevada desde su predestinación á un orden superior á todas las criaturas, cual es el de la Maternidad divina que se roza con la Unión hipostática³, con razón le fueron conferidos desde el rayar de su vida dones de orden superior al de todas las demás criaturas. Según esto, cristianos, ¡qué caudal de gracia el de María! ¿quién será capaz de sondear esta inmensa plenitud? No sin misterio dijo el Evangelio: *Y el nombre de la Virgen era María*⁴; pues, significando este nombre *mar*, denota que las corrientes todas de la gracia confluyeron al alma de aquella singular criatura, como los ríos se precipitan en el abismo del océano, según la orden de Dios: *Congréguense todas las aguas en un solo lugar*⁵. Pues, como dijo el gravísimo patriarca San So-

¹ Luc. 1, 28.² *S. Alph. de Lig.*, «Glor. de María».³ Suárez apud *S. Alph. de Lig.*⁴ Luc. 1, 27.⁵ Gen. 1, 9.

fronio: *Á los demás se les ha dado la gracia parcialmente, pero en María infundióse toda la plenitud de la gracia*¹. Esto quiso significar la misma soberana Virgen en el cántico de sus grandezas, cuyo epílogo expresó en estas palabras: *Fecit mihi magna qui potens est*²: hizo Dios conmigo cosas verdaderamente grandes y estupendas, á fuer de omnipotente.

9. Justo será que en este gran día destinado á contemplar la hermosura de la Inmaculada Virgen en el misterio faustísimo de su Concepción, para glorificar al que tanto la enaltecíó y formó tan bella, nos esforcemos por entender lo más claramente que posible nos fuere, el alcance de esta exuberante plenitud de gracia otorgada á María. Varios son, en efecto, los significados que ofrece esta expresión repetida en las Sagradas Escrituras, y aplicada, aunque en diverso sentido, ora á Cristo nuestro Señor, ora á su Madre, ora á los apóstoles y á otros santos. Por lo cual advierte San Bernardo: «Leemos en los Hechos de los Apóstoles que Esteban estaba lleno de gracia, y los apóstoles fueron también llenos del Espíritu Santo; pero muy de otro modo que María.»³ Para comprender, pues, cuál fué la plenitud que correspondió á la Inmaculada Virgen, distingamos con el Ángel de las Escuelas y con San Buenaventura tres clases ó grados de plenitud, de los cuales el primero es la *superabundancia* que sólo corresponde á Cristo, en quien, como dice el Apóstol, habita corporalmente la plenitud de la divinidad, y en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios⁴. Hay otra cierta plenitud de gracia,

¹ *S. Sophron.*, Serm. de Assumpt.² Luc. 1, 49.³ *S. Bern.*, Homil. 5 super Missus.⁴ Coloss. 2, 3.

según Santo Tomás¹, común á todos los santos, y es la *suficiencia* que se da á todos para merecer la vida eterna. Esta plenitud no es absoluta sino relativa al cargo que Dios ha confiado á cada uno de los santos; de suerte que con ella puede el mártir dar la vida en testimonio de la fe; y el Apóstol, predicar el Evangelio. Mas sobre ésta hay otra especial y reservada exclusivamente á la *Virgen singular*², y puede llamarse de *prerrogativa*, como que corresponde á las que recibió María, y nadie más que ella, por su exaltación á la dignidad de Madre de Dios. Esto dice claramente el Padre de la Iglesia San Ambrosio por las siguientes palabras: «Bien se dice de ella sola que es *llena de gracia*, pues consiguió la gracia única que ningún otro había merecido, la de ser llena del Autor de la gracia.»³ Ó, como dice San Bernardo⁴: «En San Esteban no habitó corporalmente, como en María, la plenitud de la Divinidad con la Persona del Verbo Encarnado; y, si bien los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, María concibió del Espíritu Santo.» Finalmente, San Atanasio declara en el mismo sentido la plenitud de que hablamos, diciendo: «Por esto fuiste llamada llena de gracia, por cuanto la tuviste en abundancia, y esto por haber sobrevenido en ti el Espíritu Santo: de ahí que todos los ricos del pueblo de Dios están pendientes de tu rostro.»⁵ Con esto expresan los Padres de la Iglesia la gracia habitual de que inundó á María el Espíritu Santo, no sólo después de la Encarnación del Verbo, sino desde el mismo instante en que fué formada con este singular

¹ S. th. 3, q. 7, a. 10.

² Eccl. in hymn. vesp. ad Off. B. M. V. ³ Apud *Cartagena*.

⁴ Ubi supra. ⁵ *Athanas.*, Serm. de S. Deip.

destino. Porque, en efecto, María no existió sino para el Verbo, á quien había de revestir de su propia carne; y Dios, como canta la Liturgia¹, preparaba por medio de la Inmaculada Concepción de la Virgen digna habitación á su Hijo. ¡Cuánta fué, pues, la hermosura de María, de la *llena de gracia*!

10. ¿Qué decir de las virtudes que, cual riquísimo ropaje, adornaron á María realzando su hermosura, según profetizó David: *In vestitu deaurato, circumdata varietate*?² No es tan vistoso ese manto color de cielo que cae de los hombros virginales, armonizando con el traje alabastrino que baja hasta los pies de la encantadora Niña, como lo es la rica vestidura de virtudes con que Dios adornó su preciosa alma, cubriéndola de joyas³, en el día de su Concepción. Más dichosa que la agraciada Ester, recibió para cuidar de su ornamento siete bellísimas esclavas, las virtudes teologales y cardinales, con cuyo cortejo apareció tan radiante y esplendorosa en el punto en que empezó á existir, que robó las miradas y el corazón del divino Asuero, el Verbo Eterno que la escogió por madre: *Speciosa apparuit inter filias hominum*⁴. Callen en presencia de esta Virgen *toda hermosa* las más celebradas bellezas de la historia sagrada y profana: María las excede á todas. Digámosle con la Iglesia católica: «¡Salve, oh hermosísima Reina de los cielos y Soberana de los ángeles!»⁵ En vano el arte ha agotado sus primores para retratarte en magníficos lienzos, y mármoles y bronce; ¿qué puede forjar la fantasía más vigorosa ni el

¹ In orat. fest. Imm. Concept. ² Ps. 44, 10.

³ Is. 61, 10. ⁴ In offic. Eccl.

⁵ Eccl. in antiph. «Ave Regina cælorum»

más valiente pincel, cuando se trata de un ideal de belleza concebido en la mente del Altísimo? Enmudezca, pues, la criatura y adore la omnipotencia del Criador: calle la lengua, y entone un himno el corazón para alabar en María á la adorable Trinidad, *cui sit honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

SEGUNDO PANEGÍRICO DE LA VIRGEN
INMACULADA, PATRONA DE LAS HIJAS
DE MARÍA

(predicado en la iglesia de San Ignacio, Bogotá, 1897).

Modestia virginal de María.

Finis modestiæ... divitiæ, et gloria, et vita.
Tesoros de gloria y de vida son el fruto de
la modestia.

Prov. 22, 4.

1. Habréis admirado sin duda, carísimos oyentes, en los innumerables lienzos y estatuas que representan á María en el misterio de su Concepción inmaculada, los esfuerzos prodigiosos y dignísimos de encomio, hechos en todo tiempo por el arte cristiano para acertar con la verdadera expresión de la belleza indescriptible de la Virgen sin mancilla. ¿Qué no ha hecho el pincel divino de un *Murillo*, de un *Velásquez*, por no citar mil otros renombrados artistas? y ¿qué, el cincel de valientes estatuarios, como el autor de esa imagen que veneráis¹, para darnos un trasunto de aquel sublime ideal que, iluminando su poderosa fantasía é inflamando su corazón, no llega nunca sin embargo á producirse como es, ni por medio de líneas y colores, ni por las formas plásticas estampadas en el mármol ó en el bronce?

¹ Flotats, artista español.

Á pesar de esa impotencia del arte, que es preciso confesar, poseemos obras clásicas de escultura y pintura en las que podemos extasiarnos, ó más bien apacentar nuestra piedad, contemplando, ya que no sea la expresión completa y acabada, siquiera algún rasgo de aquella hermosura, verdadera obra maestra del Artífice soberano. Y ¿sabéis cuál de esos rasgos ó destellos de belleza sastiface más, en mi humilde concepto, al gusto estético cristiano? No os sorprenda mi afirmación, que espero será también la vuestra, á poco que lo consideréis. El rasgo más apropiado para pintar la Inmaculada Concepción es la virginal modestia. No señalo precisamente como tal la inclinación de ojos y cabeza hacia el suelo, ni cierto aire de timidez ó encogimiento, que, por otra parte, sienta muy bien á la doncella sobrecogida con la presencia del Ángel, por quien le fué dicho: *No temas, María*¹; hablo de la compostura general del cuerpo, de la actitud del rostro y manos y de toda la persona, perfectamente armónica con los sentimientos de la Purísima Virgen en el instante mismo de su primera animación; hablo de esa modestia que corresponde á Aquélla á quien el mismo Gabriel dijo: *Has hallado gracia delante del Señor*². Y ¿la habrá hallado menor delante de los hombres? Pues, si así es, recordad la sentencia del Espíritu Santo: *Falaz y mentirosa es la gracia de la criatura, y su belleza es vana: sólo la mujer temerosa de Dios merece ser alabada*³. Luego el encanto de María, su gracia verdadera, es la gracia de la mujer por excelencia santa; y esa es la que resalta á nuestros ojos por el rasgo característico de la modestia.

¹ Luc. 1, 30.

² Ibid.

³ Prov. 31, 30.